

# *Jicoténcal*: una disputa entre la monarquía y la república

Por Begoña PULIDO HERRÁEZ\*

LA NOVELA HISTÓRICA hispanoamericana del siglo XIX se encuentra en íntima relación con el proceso de formación de los Estados nacionales y las disputas por las directrices que debía asumir la organización nacional; asimismo este género debe entenderse en el marco de una función pedagógica y educativa que, para buena parte de los hombres de letras de ese periodo, la literatura asume como ilustradora o formadora de conciencias y, en concreto, como medio para transmitir una visión unitaria del pasado.<sup>1</sup> El presente de la escritura define abiertamente las orientaciones valorativas del relato. La novela histórica del XIX se relaciona con el pasado y la historia, pero también con las contradicciones del presente. Este hecho tendrá dos consecuencias: por un lado, es difícil que estas novelas sean una mera adaptación del modelo popularizado por Walter Scott ya que tanto la circunstancia histórica de la que parten como el pasado objeto de la representación son realmente muy diferentes a las de cualquier país europeo; por otro lado, la importancia del presente es tal que será crucial reparar en quién narra, quién organiza la historia y qué tipo de relación establece entre los dos tiempos, el de la narración y el de los hechos narrados. Hasta donde he podido comprobar, todas las novelas poseen un narrador que se ubica en el presente del siglo (en algún momento de la historia hace referencia a la circunstancia que se está viviendo poniéndola en relación de similitud o de oposición con los acontecimientos que está relatando). Debido a ese carácter, con frecuencia el narrador adopta la máscara del autor (es un narrador-autor) o del historiador (se trata de un narrador-historiador) o incluso del juez (es un narrador-juez).

En el presente trabajo voy a referirme a *Jicoténcal*, obra publicada en 1826 y considerada la primera novela histórica de la literatura hispanoamericana. Las novelas históricas referentes al Descubrimiento y la Conquista presentan una peculiaridad adicional: su relación con las crónicas escritas a partir del siglo XVI. Estas crónicas, historias o relaciones aparecen citadas en el cuerpo de la novela o en notas a pie

---

\* Investigadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <begopulido@yahoo.com>.

<sup>1</sup> Véase Antonia Pi-Suñer, coord., *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, México, UNAM, 1996.

de página. Aun cuando el autor dice estar apoyándose en ellas para ofrecer un relato veraz de los acontecimientos, a veces se da la circunstancia de que la perspectiva frente a los hechos o a los personajes principales de la historia que cuentan, puede ser opuesta. Así sucede en la novela *Jicoténcal*. En todos los casos será necesario estudiar la relación que el relato ficticio entabla con las crónicas en las que dice abreviar en momentos en que éstas son prácticamente los únicos documentos referidos a la Conquista de que se dispone.

De este papel mediador de las crónicas derivamos como consecuencia que el modo en que los narradores hispanoamericanos se apropiaron y reelaboraron el género de la novela histórica está influido por la propia tradición histórico-literaria, esto es: las crónicas del Descubrimiento y la Conquista. En general, las novelas históricas cuyo tema es la Conquista reproducen algo que podríamos llamar “el gesto del cronista”, la necesidad de traducir aquello que se ve y que resulta totalmente diferente, extraño, para un lector que se encuentra al otro lado del océano y que probablemente nunca llegará a ver ese mundo. Tal como sucede en otras novelas, el narrador de *Jicoténcal* “traduce” aquello que puede resultarle extraño al lector de su época; se refiere a las costumbres de aquellos tiempos, a las supersticiones de los conquistadores o de los indígenas. El suyo, como el de los cronistas, es un viaje en el tiempo que debe superar la distancia espacial y por supuesto cultural. En ambos casos se trata de traducir la experiencia al lenguaje del observador, del autor-narrador, pero sobre todo del lector y poner en relación lo nuevo con lo conocido. En esta traducción el narrador se muestra, entre otras posibilidades, como juez, como historiador o como filósofo de la historia y asume la función de “mediador” entre los dos tiempos; dicha mediación es entendida dentro de un marco pedagógico heredero de la episteme ilustrada: educar, enseñar, moralizar.

Estudios recientes sobre la novela latinoamericana del siglo XIX, particularmente sobre el género histórico, resaltan su estrecha vinculación con la difícil, conflictiva y agitada vida política de ese siglo. En efecto, alcanzada la independencia política de los distintos países del continente americano, una vez finalizada la lucha armada que ponía fin a trescientos años de dominio español, venía la parte más complicada: la formación de Estados nacionales, de repúblicas con una determinada estructura. Las propuestas para instituirlos fueron diversas y generaron constantes conflictos en el periodo. La novela, o cualquier manifestación de orden artístico, no podía imaginarse desvinculada de las urgencias políticas de cada día. La relación no es premeditada, resulta-

do de una opción que es posible tomar o dejar a un lado por otra más atractiva, sino que resultaba inevitable. Pensar en la novela, sea o no histórica, como un lugar donde se figuran y discuten problemas identitarios, donde se proponen o afirman ciertos valores o un conjunto más o menos definido y estructurado de ideas acerca de la nación (su conformación, su relación con el pasado) no se desprende de una perspectiva sociológica de análisis literario, sino que es algo “natural”, propio de la literatura del siglo XIX y el punto de partida que puede arrojar más luz sobre las obras.

La gran preocupación del siglo XIX (y no sólo en los países latinoamericanos) es la construcción de la nación y, vinculada con ella, la definición de la identidad nacional. Si América Latina ingresó a la historia occidental como resultado de una conquista, es mediante un proceso revolucionario (hecho asimismo violento) como accede a la independencia. Su historia no sigue un desarrollo ascendente y progresivo, más bien se trata de una historia de cortes violentos, de rupturas con nula o escasa continuidad.

Los estudios críticos acerca de la nación y el nacionalismo son un fenómeno relativamente reciente que se extiende durante la segunda mitad del siglo XX. Hasta entonces la nación era percibida como un “hecho natural” y las narrativas nacionales se abocaban a relatar sus supuestos orígenes, a ubicar las características distintivas (la identidad particular que debe distinguirla de las otras naciones) y a dibujar la línea evolutiva que acabaría por culminar en su destino presente. Esta narrativa se veía a sí misma como una explicación natural y no como un modo de construcción de la nación que lleva implícita su propia historicidad. Los estudios críticos acerca de la nación han llamado a dicha narrativa *modelo genealógico de la nacionalidad*.<sup>2</sup> En el siglo XIX subyace este modelo en la figuración del tiempo en la narrativa latinoamericana. Los letrados de este periodo parten de una concepción genealógica del tiempo y de la historia que asumen de forma natural. Ése es el sustrato temporal. Sin embargo, lo interesante se produce cuando ese esquema natural se utiliza para explicar una historia que no se deja someter al *telos* progresivo, cómo suturar entonces, cómo coser los diferentes retazos de tiempo para arribar a un presente que resulte ser la consecuencia “natural” de esa historia; cómo explicar el presente, cómo desprenderlo naturalmente de unos hechos del pasado que no son, por más que se busque, el origen genealógico de la nacio-

---

<sup>2</sup> Véase Elías Palti, *La nación como problema: los historiadores y la “cuestión nacional”*, México, FCE, 2003, pp. 10-11.

nalidad actual. Y también, cómo legitimar naciones surgidas de una revolución, de un hecho violento que parece desmentir el desarrollo evolutivo. En este sentido, se trata de afirmar la nacionalidad en principios más sólidos y estables que las luchas. En el cruce de estas diferentes temporalidades la novela del XIX (la histórica en particular) muestra su historicidad porque el presente conflictivo es el punto de arranque de una particular figuración del tiempo y de la historia.

Entiendo por *historicidad* el modo en que cada época o grupo cultural concreta y concibe el tiempo y se figura sus relaciones con el pasado. La consecuencia que se deriva de ello es que no hay pasado sino para un presente. De este modo la llamada novela histórica habla de su propio presente en el modo de elaborar una relación peculiar con el pasado histórico. Contradictoriamente, la novela histórica habla más de su propio tiempo que del pasado que es, supuestamente, el objeto de la representación.

El Acta de Independencia firmada el 28 de septiembre de 1821 decía: “La Nación Mexicana que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido”.<sup>3</sup> La nación mexicana quedaba constituida de hecho, al menos formalmente, o lo que nacía era el Estado y la nación quedaba por construir; pero de cualquier forma no tenía trescientos años. En ese discurso ciertamente anacrónico se traza un puente entre el pasado prehispánico y el presente por el mismo hecho de fundar la nación con un nombre antiguo, México. Parecería que hay una continuidad entre los dos tiempos y que la nación mexicana es de hecho algo antiguo. “La retórica de la *Declaración* [dice el historiador Guillermo Zermeño] sólo expresa la voluntad manifiesta de fundar una nación. Posee la dimensión de un futuro al que se aspira más que ser propiamente la expresión de una experiencia pretérita”.<sup>4</sup> Cuando los escritores-políticos buscan representar el periodo de la Conquista en sus relatos históricos, el eje que organiza la acción es la oposición entre tiranía, opresión, monarquía/libertad, república. Si la independencia es figurada como la salida de la opresión y la tiranía, este mismo principio, esta misma preocupación es la que organiza los hechos del pasado. El paso de la Conquista a la Colonia es el tránsito de la libertad republicana (representada en la novela *Jicoténcal* en los tlaxcaltecas) a la opresión espa-

---

<sup>3</sup> Citado por Guillermo Zermeño Padilla, “Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México”, en Guillermo Palacios, coord., *La nación y su historia, América Latina, siglo XIX*, México, El Colegio de México, 2009, p. 83.

<sup>4</sup> *Ibid.*

ñola, supone, como en la independencia, el movimiento inverso: de la opresión a la libertad. Este tipo de consideración de la historia se presta a la figuración polar de los acontecimientos entre héroes y villanos. Si la línea del tiempo de la nación hunde sus raíces en el periodo de la Conquista es con la finalidad de encontrar allí “precursores” de la independencia y la libertad del presente. Con ello, la nación actual no resulta advenediza a la vez que logra legitimar su origen en principios universales, más allá de las guerras de independencia.

Esta afirmación sólo se hace para el caso de México; no podríamos hacerla extensiva al resto de los países latinoamericanos sin estudiar atentamente las novelas históricas de cada uno. A diferencia de lo sucedido en otros países, aquí *La historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero pertenece a una corriente que defendía las llamadas “antigüedades mexicanas” y el carácter “civilizado” de las culturas prehispánicas en general, denigradas en las obras de William Robertson, del conde de Buffon o de Corneille de Paw. Esta defensa de las civilizaciones anteriores a la conquista es uno de los rasgos que caracterizan lo que ha dado en llamarse el *patriotismo criollo*,<sup>5</sup> antecedente del nacionalismo mexicano. Este hecho permite, ya en el siglo XIX, una mirada de los acontecimientos de la conquista como la que encontramos en *Jicoténcal*.

\* \* \*

CONSIDERADA la primera novela histórica de la literatura independiente hispanoamericana, *Jicoténcal* aparece publicada sin nombre de autor en 1826 en Filadelfia por la imprenta de Guillermo (William) Stavelly. Desde entonces el enigma sobre la autoría y la posible atribución a un escritor particular ha preocupado a la crítica de forma recurrente. Hace algunos años el investigador Alejandro González Acosta atribuyó la novela al cubano-mexicano José María Heredia, pero los argumentos utilizados no son definitivos.<sup>6</sup> Por su parte, años antes Luis Leal consi-

---

<sup>5</sup> Véase David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980.

<sup>6</sup> Alejandro González Acosta, *El enigma de Jicoténcal: estudio de dos novelas sobre el héroe de Tlaxcala*, México, UNAM/Instituto Tlaxcalteca de Cultura-Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1997. González Acosta utiliza un procedimiento deductivo; por un lado hace la lista de los escritores que alrededor de la década de los años veinte del siglo XIX se encontraban en Filadelfia, y ve las relaciones entre algunos de ellos y el impresor Stavelly; por otro lado analiza las ideas de la novela y las coteja con algunas semejantes del poeta cubano, en concreto las que aparecen en su traducción de las *Lecciones de historia*

deraba a Félix Varela, otro cubano, como el autor de la novela. Ambos escritores se encontraban en Filadelfia en 1826, junto con otros promotores de la independencia provenientes de distintos países hispanoamericanos entre los que se cuentan a fray Servando Teresa de Mier, el también cubano Domingo del Monte, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, el español Félix Mejía, el peruano Manuel Lorenzo Vidaurre. Por diferentes razones Luis Leal descarta uno a uno a los posibles candidatos y concluye postulando la autoría de Varela. Los argumentos, sin embargo, tampoco son definitivos, como él mismo dice.<sup>7</sup>

Evidentemente la importancia del debate estriba en que nos encontramos frente a la primera novela de tema histórico en la llamada literatura independiente hispanoamericana.<sup>8</sup> Junto a ello, la crítica ha puesto de relieve otro aspecto inaugural: sería la primera novela de tema indigenista o indianista, como acostumbraba decir la crítica decimonónica, y de las primeras décadas del siglo xx.<sup>9</sup> En fin, no se trata de una novela más, por ello la necesidad de proponer una autoría.

En mi opinión, independientemente de si Heredia es o no el autor de *Jicoténcal*, del debate de la autoría y de la comparación con las novelas históricas de Walter Scott se desprende una cuestión relevan-

---

*universal* de Tytler; considera asimismo quiénes eran los escritores extranjeros que conocían la historia de México y habían vivido allí (pues asume que el autor de la novela no es mexicano, como habían sostenido otros críticos basándose en el manejo de la historia mexicana, más propio de un extranjero que de un nacional debido a algunos errores y a la utilización de vocablos cubanos); y finalmente hace un cotejo estilístico entre ciertos discursos de Heredia y la novela *Jicoténcal*. Creo que el argumento de mayor peso es la coincidencia entre las ideas expresadas en distintos discursos y las que aparecen en la novela, en ocasiones con un lenguaje similar. En ningún caso, sin embargo, se trata de argumentos definitivos. La atribución a Heredia tiene siempre un hándicap, y es que el poeta cubano escribió un texto, titulado “Sobre la novela” (marzo-mayo de 1832), donde critica a la novela histórica por resultar un género fallido, imposible debido a su constitución híbrida. Ante estas críticas (más tempranas que las del italiano Manzoni) resulta difícil imaginar a Heredia escribiendo una novela histórica, aunque hay testimonios de que pretendía escribir una obra de teatro sobre el mismo personaje tlaxcalteca.

<sup>7</sup> Uno de ellos se refiere a la imprenta donde fue publicada *Jicoténcal*, la misma utilizada por el padre Varela para la impresión de los primeros números de su periódico *El Habanero* y para la segunda edición de sus *Lecciones de filosofía*. Otro argumento se deduce de un estudio del léxico y la ortografía. De este estudio sería importante la utilización del término *filósofo* para referirse a sí mismo, tanto de Varela como del autor de *Jicoténcal*. Véase Luis Leal, “*Jicoténcal*, primera novela histórica en castellano”, *Revista Iberoamericana* (III), núm. 49-50 (enero-diciembre de 1960), pp. 9-32.

<sup>8</sup> González Acosta se refiere asimismo al influjo inmediato de la obra (cuyo carácter teatral fue siempre puesto en primer plano) que promovió un concurso en Puebla (en 1828) donde se presentaron tres dramas: *Xicohténcatl* de José María Moreno Buenvecino, *Teutila* de Ignacio Torres Arroyo, y *Xicoténcatl* de José María Mangino.

<sup>9</sup> Véase el clásico estudio de Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)* (1934), Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1961.

te: que la novela histórica hispanoamericana no necesariamente sigue los patrones más “exitosos” o más a la moda, en este caso el scottiano. Las novelas históricas de Scott colocaban en el centro del relato personajes de ficción y conservaban lo histórico como fondo o marco de la acción. A diferencia de ellas, *Jicoténcal* parecería seguir (*avant la lettre*) un modelo diferente, el de Alfred de Vigny en *Cinq Mars*, pues coloca a los personajes históricos en el centro de los acontecimientos; sin embargo, la novela de Vigny aparece el mismo año que *Jicoténcal* por lo que resulta imposible pensar en alguna influencia. En la novela que analizamos no sólo *Jicoténcal* sino prácticamente todos los personajes son históricos: Hernán Cortés, Diego de Ordaz, *Jicoténcal* el Viejo, el senador Magiscatzin, la Malinche (doña Marina en el relato). El único personaje ficticio es Teutila, origen de los enredos amorosos pues es la enamorada de *Jicoténcal*, deseada con pasión por Hernán Cortés y hacia la que Diego de Ordaz se siente asimismo inclinado, con un amor más romántico.

En cuanto al fondo o marco, yo diría que en el caso de *Jicoténcal* no hay “marco” propiamente, el supuesto fondo histórico de la acción es bastante pobre y se limita a lo estrictamente necesario para comprender la acción. Las descripciones del paisaje, poco frecuentes, no corresponden demasiado a la zona (es precisamente esta característica uno de los argumentos utilizados para suponer que el autor no es mexicano); en cuanto a las costumbres, el narrador tampoco repara demasiado en ellas: quizá el momento de mayor costumbrismo sea la boda de *Jicoténcal* y Teutila; asimismo hay breves descripciones de la vestimenta de algunos indígenas o de ciertas escenas de batallas donde las alineaciones parecen corresponder más a las de un ejército romano que a las de indígenas americanos.

*Jicoténcal* es una novela que centra su composición en los personajes. Estos devienen tipos, ideólogos que defienden una postura política y una actitud moral: o son republicanos, y ello implica que respetan las leyes y los acuerdos, que defienden la libertad y la justicia, que están dotados de virtudes; o, por el contrario, son defensores de la monarquía, es decir tiranos (como sucede con Cortés), y al tiempo que déspotas son ambiciosos sin medida, corruptos, seres sin escrúpulos en su meta de obtener el poder. Para el narrador, los conquistadores son “una banda de soldados a sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia”.<sup>10</sup> Y su jefe, Cor-

---

<sup>10</sup> *Jicoténcal*, Barcelona, Conaculta/Planeta DeAgostini, 2004. En adelante las citas de la obra irán incluidas en el cuerpo del texto entre paréntesis.

tés, es el “hombre que en los tiempos de esclavitud se ha celebrado como un héroe” (p. 147). Ya desde las primeras líneas de la novela se define la postura del que podemos llamar narrador-autor frente a las fuerzas en conflicto que organizan la diégesis:

Estaba escrita en el libro fatal del destino la caída del grande imperio de Moctezuma, bajo cuyas ruinas debían sepultarse la república de Tlascala y otros gobiernos de una hermosa parte de la América. Ya habían visto los hombres irrupciones de bárbaros medio salvajes que, abandonando sus guaridas y su ingrato país, se apoderaron de climas más benéficos, destruyendo a sus antiguos habitantes; algunos ambiciosos de genio colocados a la cabeza de los pueblos, habían armado las naciones unas contra otras para subyugarlas a todas, y el inmenso océano de las pasiones había presentado borrascas intestinas y espantosas en las que las sociedades civiles habían sufrido trastornos incapaces de describirse.

Mas la completa destrucción de un imperio inmenso, de una república considerable y de una multitud de otros Estados menores, que ocupaban una gran parte de aquel Continente, emprendida y llevada a cabo por una banda de soldados a sueldo y órdenes de un déspota, que tenía su trono a más de dos mil leguas de distancia, era una suerte reservada tan sólo para los malafortunados habitantes de la América Occidental. Los republicanos valientes y aguerridos, los mercenarios vasallos de un tirano orgulloso, los que vivían en grandes familias con un cacique a su cabeza, todos sucumbieron a las artes e intrigas europeas que un puñado de ambiciosos supo manejar contra su sencillez y contra su diferente manera de vivir (p. 5).

Por un lado se oponen las dos formas de gobierno, el republicano, con súbditos *valientes y aguerridos*, y la monarquía, calificada como gobierno despótico con un tirano orgulloso a la cabeza. Los años en los que se escribe y publica esta novela son de intensos y apasionados debates en México sobre la forma de gobierno a seguir una vez proclamada la independencia en 1821, si la republicana o la monárquica, y poco después, ya formado el Primer Congreso Mexicano, sobre el modelo republicano más conveniente, si el centralista o el federalista. *Jicoténcal* se escribe en el periodo de lucha por la causa republicana en México, y quizá por ello esta lucha entre dos formas de gobierno también se proyecta en la ficción novelesca. El otro asunto que llama la atención en los dos párrafos citados es la decidida intervención del narrador a favor de los tlaxcaltecas, del pueblo invadido sin motivo por unos “ambiciosos de genio, bárbaros medio salvajes”. Así, la Conquista es valorada como una invasión despótica, semejante a otras de que

ha dado cuenta la historia.<sup>11</sup> Cortés es ya, desde este momento, el “villano” de la historia.

Uno de los temas principales de la obra, relacionado por tanto con la elección del asunto histórico de Tlaxcala, es el debate acerca de las formas de gobierno. En este punto, aun cuando la novela se denomine *histórica*, ubica con mucha claridad el presente de la escritura en los momentos posteriores a la independencia política, cuando el debate acerca de la forma de gobierno a adoptar en los diferentes países, en este caso en México, era un asunto urgente. *Jicoténcal* no sólo es la primera novela histórica hispanoamericana por su fecha de edición, el modo de construir la problemática y la relación entre pasado-presente remite a los primeros momentos después de alcanzada la independencia. Toda novela histórica se construye desde un presente particular que define la modelización de la materia histórica. Es ahí donde este género de novela habla sobre su presente histórico. En el capítulo tercero Diego de Ordaz y Jicoténcal “disputan” (en el sentido de los diálogos renacentistas) sobre las diferentes formas de gobierno, sus ventajas e inconvenientes, oponiendo el “gobierno popular” de los tlaxcaltecas a la monarquía o gobierno de uno solo de los españoles. Jicoténcal arguye, y así pretende desmoronar racionalmente argumentos para la Conquista, que la concentración del poder en una sola figura conduce inevitablemente a la tiranía, pues el hombre más virtuoso y generoso termina corrompiéndose por la acción del poder ilimitado:

No me es posible concebir —dijo el americano— cómo unos hombres que sin duda tenéis valor, y algunos también virtudes, estáis sometidos a un déspota, que cuanto más poderoso sea tanto más os tiranizará. El gobierno de uno solo no me parece soportable sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos o cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles a la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder; y cuando el poder de uno solo domina, no hay más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo! (p. 59).

---

<sup>11</sup> Del mismo modo que sucede en otra novela, *Enriquillo*, la figura de Cristóbal Colón es la única de entre los conquistadores que se salva de la crítica adusta. Quizá porque más que “conquistador” fue “descubridor”. Dice Diego de Ordaz en *Jicoténcal*: “Respecto al rey, a quien se dice que servimos, seamos francos, padre. Usted sabe que los primeros hombres que acompañaron a Colón eran unos forajidos que no conocían más rey ni más dios que su codicia. Cristóbal Colón vino a la América impelido por su gran genio y por el noble amor de la gloria. Empero sus soldados mancharon la de nuestra nación, y las páginas de su historia harán estremecerse a la Humanidad” (p. 15).

Por el contrario, el “gobierno popular” de los tlaxcaltecas sigue los pasos del bien común: “A la sombra de nuestras leyes seguimos nosotros el camino de la virtud y de la gloria, y con ellas hemos ligado cuanto hay de bueno en la sociedad. Estas leyes, este orden y arreglo de lo que exige la utilidad común, no pueden perjudicarnos a menos que no sean malas por sí mismas” (p. 59). El narrador de la novela revela claramente sus preferencias por un gobierno compartido, una república, y se deslinda de las acciones despóticas de la Conquista. Al mismo tiempo realiza una vinculación entre las formas de gobierno y la moral de los pueblos. “La corrupción y los vicios son la muerte de los Estados, como las virtudes forman su vida y su vigor” (p. 60). El amor a la patria es la mayor de las virtudes, y a ella hay que sacrificar todas las pasiones, incluida la amorosa.

Aun cuando respondan al nombre de figuras históricas, los personajes de la obra no tienen individualidad psicológica y vienen a representar ideas en un esquema de pensamiento bastante sencillo y maniqueo. Si de mujeres se trata, Teutila, la amada del valiente guerrero tlaxcalteca, se opone a doña Marina (la Malinche) como la virtud a la ambición y la corrupción. El mismo esquema separa a Cortés de Jicoténcal (los dos protagonistas de la obra, podríamos decir), o a Cortés de otro español, Diego de Ordaz, el único de los conquistadores en quien anidan virtudes republicanas.<sup>12</sup> La mayor parte de los indígenas que aparecen en la novela, pero fundamentalmente Jicoténcal el Joven y su anciano padre Jicoténcal el Viejo, están del lado de la virtud, del bien, considerados éstos siempre en un sentido público. Sólo cuando el senador Magiscatzin antepone sus intereses personales comienza la división que finalmente conducirá a la república de Tlaxcala a colocarse al servicio de los españoles. En la novela importan y se defienden las virtudes públicas, el bienestar colectivo —es decir, social— la justicia y por tanto la libertad. Todas estas cualidades vienen a confluir en el más alto interés: la patria, y en el más noble sentimiento: el patriotismo. Ambas palabras (*patria* y *patriotismo*) son mencionadas con bastante frecuencia a tal punto que podría decirse que *Jicoténcal* es, fundamentalmente, una novela sobre el patriotismo. Cuando los tlaxcaltecas comienzan a pactar con Cortés y a apoyarlo para la invasión del imperio mexicano, en algo que parece una pseudofocalización,

<sup>12</sup> “Era Diego de Ordaz un joven de buena presencia, de talento claro y sólido y de un corazón recto y justo. Educado en el amor de la virtud, su honradez se había sostenido contra el espíritu de su siglo. Aunque el torrente de la opinión dominante lo había arrasado a las grandes escenas en que se hallaba comprometido, no habiendo podido por sus propias luces sacudir enteramente el yugo de las preocupaciones de su tiempo” (p. 14).

el narrador pone en la perspectiva del joven Jicoténcal lo que suponemos son sus propios pensamientos:

La patria se presentaba a su imaginación como un enfermo desesperado de salud y que se consume de día en día por falta de un hombre animoso que se atreva a correr el riesgo de salvarlo. La cadena de sucesos que la fatalidad había dispuesto contra su república, había hecho que ésta pasase en tan poco tiempo desde el alto rango de una nación digna y respetable al envilecimiento de unos esclavos vendidos a un advenedizo afortunado [se trata de Cortés]. Los vínculos sociales estaban rotos, la autoridad prostituida, la traición dominante y premiada, el patriotismo y el mérito despreciados, hollados los derechos y ultrajadas las leyes; en una palabra, desquiciado todo el grande edificio que no pudo jamás conmover el poder colosal de los emperadores mejicanos (p. 136).

No está de más recordar que en su famosa obra *La novela histórica*, Georg Lukács enfoca los problemas de composición para este género en la relación entre los personajes y el tiempo-espacio, pues efectivamente parte del modelo scottiano como el más acabado. En su consideración los grandes personajes históricos no son lo más importante, ya que las novelas de este corte tienden a exaltar la figura de los héroes como hacedores de la historia. Para Lukács la novela histórica se caracteriza por presentar “las luchas y oposiciones de la historia a través de algunos personajes que en su psicología y en su destino se mantienen siempre como representantes de corrientes sociales y poderes históricos”.<sup>13</sup> Lukács concibe la historia como una sucesión de grandes crisis, que son las que recoge la novela histórica: luchas, conflictos percibidos a través de personajes medios (no las grandes figuras) que por su “ambigüedad” son capaces de transitar por los bandos en pugna y acercarnos a nosotros, lectores, a las costumbres y formas de vida en lucha. A juicio del crítico húngaro la forma clásica de la novela histórica —héroe mediocre y ficticio como figura central, fondo histórico real, dotación de individualidad a los tipos histórico-sociales, presentación de grupos antagónicos en conflicto— sería la consecuencia de una “conciencia histórica creciente sobre el papel decisivo que juega en el progreso humano la lucha de clases en la historia”.<sup>14</sup> En la perspectiva del marxismo el acontecer no depende directamente de la aparición casual de un individuo excepcional, pero el pensamiento filosófico decimonónico, Hegel a la cabeza, sí ponía el acento en las

---

<sup>13</sup> Georg Lukács, *La novela histórica*, México, Era, 1963, p. 33.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 15.

figuras históricamente representativas; Nietzsche también considera que el héroe actualiza las potencialidades de su tiempo. Pero tanto Hegel como Nietzsche, o incluso el Carlyle de *Los héroes* (1841), son posteriores a la novela que nos ocupa, así que tampoco en este caso podemos hablar de influencias.

La novela histórica hispanoamericana del siglo XIX retoma acontecimientos de la Conquista y tiende a colocar en el centro a una figura histórica y no a un personaje producto de la ficción.<sup>15</sup> Al escribir sobre la Conquista y en la inmediatez de la consumación de la Independencia (no olvidemos que *Jicoténcal* es de 1826), se proyectan sobre el otro momento histórico de lucha contra el español los valores que se desean triunfantes en el presente de la enunciación. También se imprimen sobre figuras del pasado, quizá desconocidas pero indudablemente históricas, los valores y modelos de conducta que se pretende rijan en el presente. Este anacronismo, como diría Hegel, es “necesario”. Si los valores reencarnaran en figuras ficticias seguramente se devaluarían y tendrían menor alcance en la misión educativa y formativa, valor que guía la escritura de novelas históricas en el siglo XIX. Quizá en la Conquista la ambición triunfó sobre la virtud republicana, pero esas virtudes han vuelto a aflorar en el presente y es a lo que debemos aspirar, parecería decir el autor-narrador. Jicoténcal es, en esa medida, un padre de la patria a la que se aspira en el momento posrevolucionario, cuando se buscan héroes para las nacientes repúblicas americanas mediante la reinterpretación de la historia.

La crítica ha considerado a *Jicoténcal* una novela que inicia el romanticismo hispanoamericano y que al mismo tiempo establece un puente entre el neoclasicismo y el romanticismo. Ya hemos visto que la obra no sigue el modelo romántico de novela histórica de Walter Scott. Tampoco se construye alrededor de un idilio amoroso, como la *Atala* del vizconde de Chateaubriand cuya traducción al español data de 1801, el mismo año de su publicación en francés.<sup>16</sup> *Atala* supone una defensa del cristianismo y un regreso a la religión natural, propuesta como fuente de sensibilidad y a la que presenta asociada a la naturaleza exótica, la melancolía y las pasiones.<sup>17</sup> En su época la obra del

<sup>15</sup> Otros ejemplos serían *Cuatemotzín* de Gertrudis Gómez de Avellaneda o *Enriquillo* del dominicano Manuel de Jesús Galván.

<sup>16</sup> Como se sabe, en sus *Memorias* fray Servando Teresa de Mier se atribuye la traducción de *Atala*, pero parece que en realidad la había realizado su amigo y compañero de exilio Simón Rodríguez.

<sup>17</sup> Véase Françoise Perus, *De selvas y selváticos: ficción autobiográfica y poética narrativa en Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera*, Bogotá, Plaza y Janés/Universidad Nacional de Colombia, 1998, p. 52.

vizconde de Chateaubriand forma parte de un debate ideológico con el racionalismo de la Ilustración y contribuye a sentar la dicotomía entre “sensibilidad” y “razón”. El conflicto central es entre el amor y la religión, con el triunfo de la última. Por el número de traducciones que circularon en la primera mitad del siglo XIX sabemos de la amplia repercusión literaria de esta novela en Hispanoamérica pero las huellas de *Atala* en *Jicoténcal* son escasas. En esta última el conflicto central no se presenta entre la religión y el amor sino que es de orden político. Se trata de una defensa del ideal “patriótico”, republicano, y de la justicia que le sería connatural. Si *Atala* pretende deslindarse del racionalismo de la Ilustración, *Jicoténcal* propone valores que son de origen ilustrado y racional. Todas las referencias al funcionamiento del Senado de Tlaxcala, los discursos que emite Jicoténcal el Viejo al referirse a la patria, son ilustrados. Al mismo tiempo se introducen elementos que suponen un parentesco entre la organización republicana de los tlaxcaltecas y la del Imperio Romano. Esta reivindicación de la tradición latina implica de nuevo un enraizamiento en las ideas ilustradas. En esa medida *Jicoténcal* es una novela que ideológicamente sigue anclada en el racionalismo de la Ilustración. No hay deslinde sino identificación y reivindicación de este modelo. *Jicoténcal* no retoma la propuesta ideológica ni tampoco la estética de Chateaubriand.

En un pasaje del capítulo primero, fray Bartolomé de Olmedo sale a pasear con Diego de Ordaz y, mientras los personajes hablan y debaten, el narrador describe el decorado de un paisaje clásico con bosques y arroyo cristalino, un *locus amoenus* como podemos encontrar en las obras renacentistas, y no un paisaje americano: “Distraídos por la amenidad de los campos y por la apacible temperatura de la atmósfera, se internaron, sin advertirlo, en un frondoso bosque, cuyos árboles habían sido respetados hasta entonces del hacha y de la podadera. Sentados a la orilla de un arroyuelo cristalino, Diego de Ordaz se dirigió a su anciano amigo” (p. 14). Con frecuencia las élites criollas utilizaron imágenes tomadas del mundo grecolatino para adornar a las nacientes repúblicas y dotarlas de un origen y un imaginario prestigioso. El autor de *Jicoténcal*, muy probablemente criollo, asume e incorpora este imaginario al describir a la república de Tlaxcala y a ciertos paisajes, como el antes citado, elementos todos ellos que en mi opinión inclinan la balanza por el neoclasicismo y no por el romanticismo de la obra.

Con todo, podemos encontrar ciertas huellas de *Atala* (del romanticismo) en la novela hispanoamericana. La india hija de Simagán, guerrero de los sachemes, tiene por cualidades la virtud, la pasión, la

sensibilidad y la melancolía. La virtud de Teutila es continuamente exaltada en la obra, sobre todo porque sabe poner freno al acoso de Cortés. Tanto Atala como Teutila toman un veneno, una para no sucumbir a la pasión y así romper la promesa hecha a su madre, y la segunda porque piensa inmolarse tras asesinar al tirano Cortés. La melancolía invade a Teutila tras la ausencia del esposo y todos los familiares, “sobresaltados y temerosos”, ven cómo por momentos desaparece “la frescura y lozanía de su salud”. “Por su edad, sabiduría y experiencia de la vida”, Jicoténcal el Viejo es, como Chactas, un patriarca; ambos son ciegos.

En cuanto a la función de la religión en el modelo de mundo que propone *Jicoténcal*, el autor-narrador toma partido en contra de la conquista espiritual. Durante el tiempo que Teutila permanece presa por órdenes de Cortés, el capellán fray Bartolomé de Olmedo intenta convertir a la bella y virtuosa indígena. Hay un debate filosófico entre ambos del cual sale perdiendo el fraile: “Estáis llenos de vicios abominables, ¡y osáis suponer los ministros de un Dios! No sé si el vuestro será algún ser maléfico y malvado que merezca semejantes adoradores; pero estoy segura que sois los verdaderos enemigos del que gobierna el mundo, porque éste es bueno por su naturaleza” (p. 37). Frente a la perspectiva de un Dios consolador en las desgracias, Teutila se burla de que pueda complacerse en su mortificación sólo por comprobar su paciencia y capacidad de sufrimiento. Asimismo cuando está próxima la muerte de Jicoténcal el Viejo, fray Bartolomé quiere convencerlo de que se convierta al cristianismo. La disputa vuelve a inclinarse a favor de la “razón natural” del indígena y pone en evidencia las contradicciones de una religión que predica “con la guerra, el libertinaje y los vicios más escandalosos” (p. 100). Quizás por la cercanía de las luchas independentistas todavía está fresco el debate que intentaba desmoronar la justificación de la presencia española en América por la necesidad de la evangelización.<sup>18</sup> Por ello la novela resalta la contradicción entre el discurso cristiano y las acciones crueles y despóticas de los españoles.

Todos los elementos mencionados vienen a inclinar la balanza por el neoclasicismo de la novela. No quiere decir que no haya rasgos de

---

<sup>18</sup> Véase fray Servando Teresa de Mier. El personaje de Diego de Ordaz exhibe francamente el interés que está en la raíz de la conquista: “Yo soy franco: el espíritu aventurero, la holgazanería anexa a los militares, la ambición que fomenta la profesión de las armas y, sobre todo, el oro y la plata, cuya abundancia en estos países se han ponderado tanto, éstos son los guías que nos han conducido y los motivos y las reglas de nuestra conducta” (p. 16).

un incipiente romanticismo, el más evidente sería ese gesto de mirar hacia el pasado; otro sería la exaltación de la libertad de que hace gala Jicoténcal, quien al amor a una mujer antepone el amor a la patria y está dispuesto a morir por esa causa, pero en mi opinión esos rasgos no definen la poética de la obra.<sup>19</sup>

Contrario a como podría esperarse en una obra de ficción, la novela *Jicoténcal* está dividida no en capítulos sino en seis “libros”, rasgo que puede interpretarse como una muestra del apego de su autor a la crónica como fuente de información, particularmente a la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y, en segundo lugar, a la *Breve historia de la destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas. En quince notas al pie se nos advierte que los entremillados proceden del libro de Solís, a quien califica como el “escritor más entusiasta de las prendas y méritos de Hernán Cortés” (tomo I, p. 14). Pero a diferencia de la perspectiva de este último, defensor apasionado del conquistador extremeño, el narrador no cesa de criticarlo y acusarlo de ambicioso y tendiente a la tiranía. Resulta curioso que diga servirse de una fuente determinada pero que constantemente proponga una perspectiva diferente de los hechos. De la crónica de Solís entresaca parlamentos que pone en boca de Jicoténcal el Joven y de Diego de Ordaz.

En relación con la tendencia a mencionar la fuente de los hechos a los que alude, tal parece que en Hispanoamérica la novela histórica nace con esa vocación de precisar en notas al pie la información. De ese gesto se desprenden, a mi parecer, varias consecuencias: 1) la aspiración de veracidad, su intención referencial vincula a la novela histórica con las crónicas; 2) su preferencia por colocar en el centro de la construcción novelesca a personajes históricos; y 3) la forma de enunciación que con frecuencia construye un narrador con atributos de historiador, por lo que los narradores se asimilan a la figura autoral y a la del

---

<sup>19</sup> Defendiendo el romanticismo de la novela se afirma: “Considero que el predominio agudamente sentimental en la tonalidad de la novela, en la trama de conflicto pasional y en situaciones culminantes y de clímax, en la psicología de varios de los personajes principales y en el estilo o redacción de muchos párrafos, hacen que la obra deba ser calificada de novela romántica [...] Jicoténcal es la primera novela romántica en lengua castellana, es una novela hispanoamericana por asunto y lugar de origen; mi opinión personal es que su autor fue un liberal hispanoamericano, cuya confirmación cultural, arraigada y saturada es la ‘Ilustración’ dieciochesca francesa y cuyo personal criollismo se expresan en esa novela que es también un *J’acuse* patético a todo lo que de violencia, villanía y perfidia hubo en la conquista del Nuevo Mundo y también a toda tiranía y sojuzgamiento de que aquélla se vuelve símbolo”, José Rojas Garcidueñas, “*Jicoténcal*, una novela histórica hispanoamericana precedente al romanticismo español”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* (UNAM), vol. VI, núm. 24 (1956), pp. 74-75.

historiador o el filósofo, son narradores-autores, narradores-historiadores o narradores-filósofos.

La primera frase de la novela adelanta su final, la caída del imperio de Moctezuma a manos de los españoles. Sigue una descripción de la llamada *república de Tlaxcala*, donde “por todas partes se dejaba ver la igualdad que formaba el espíritu público del país. Los castillos, los torreones y los palacios no contrastaban con las chozas de los pobres, insultando pública y escandalosamente su miseria” (p. 6). El deseo de destacar la igualdad que quiere ver reinante en Tlaxcala, le proporciona al autor unos lentes que ven castillos y torreones donde evidentemente no los había. Hasta el propio Cortés se admira a su llegada de la “fortaleza y suntuosidad de la fábrica que manifestaba el poder y prudencia de aquel Estado. Tan cierto es que el espíritu verdaderamente republicano [añade de su cosecha el narrador] jamás ha sido conquistador” (p. 34). Tlaxcala se nos presenta como un pequeño paraíso: “La agricultura florecía en todo su territorio y, al parecer, a su abundancia de maíz le debió su nombre de Tlaxcala, que en aquel antiguo idioma significaba Tierra de Pan” (p. 6). Los lentes ilustrados del narrador transforman el paisaje y convierten a Tlaxcala en una nueva república romana que va a caer debido a las divisiones internas por un lado y, por otro, a la ambición desmedida y la falta de escrúpulos de hombres como Cortés. Tlaxcala hasta ese día había sido invencible

por su justicia y sus virtudes [...] Su gobierno era una república confederada; el poder soberano residía en un congreso o senado, compuesto de miembros elegidos uno por cada partido de los que contenía la república. El poder ejecutivo, y al parecer también el judicial, residía en los jefes o caciques de los partidos o distritos, los que, no obstante, estaban subordinados al congreso, y éste, en los casos judiciales, admitía también las apelaciones de sus sentencias (p. 7).

El senador Jicoténcal el Viejo se comporta como un Catón en el Senado romano, y sus discursos así como sus reflexiones son más propios de un filósofo ilustrado que de un tlaxcalteca. Y en efecto, la propia narración tiende a lo ensayístico más que a lo novelesco, en especial en el primer libro. En otro momento de la obra se nos dice que Jicoténcal el Joven se propone, cual nuevo Bruto, derrotar al tirano.<sup>20</sup> Todas estas comparaciones entre la sociedad tlaxcalteca y la romana tienen por objeto prestigiar la civilización prehispánica. Así, la oposición civiliza-

---

<sup>20</sup> “Este generoso y valiente americano proyectaba una venganza noble y digna de un alma republicana y, cual otro Bruto, juró la muerte del tirano” (p. 123).

ción-barbarie se invierte al situar lo bárbaro en la conquista y lo civilizado en la república tlaxcalteca. Teutila, la amada de Jicoténcal, es caracterizada como un alma sencilla, “no corrompida por las artes de la civilización” (p. 19). La barbarie adviene con la tiranía y las formas unipersonales de Cortés. Por supuesto pueden sentirse los ecos rousseaunianos de estas opiniones. En contraposición, reiteradamente Cortés es tachado de bárbaro. Hasta cierto punto esta figuración de los orígenes nacionales propone de nuevo la lucha arquetípica entre el Bien y el Mal, la civilización y la barbarie, como en cualquier mito fundacional.<sup>21</sup> Debido a estos frecuentes exordios parte de la crítica ha tratado a *Jicoténcal* de novela-ensayo, como una obra que se acerca más a la tendencia filosófica que caracterizó a la novela del siglo XVIII que al romanticismo. Se trata de una novela filosófica, una novela de tesis donde lo que predomina es la exposición de ideas.<sup>22</sup>

En todo momento la voz del narrador toma partido a favor de la causa indígena, causa que finalmente es de origen humanista, ilustrado: defensa de la libertad y la justicia. Es debido a este situarse en la perspectiva indígena que se ha considerado a *Jicoténcal* una novela indigenista o indianista, ya que hay una idealización del buen salvaje y una decidida condena al dominio español. La patria es el valor más importante y para el autor-narrador el interés público debe anteponerse a cualquier otro de orden particular (entre ellos el amor). La historia de Tlaxcala que se nos cuenta es sólo como ejemplo para ilustrar su tesis, con lo cual se hace evidente el sentido moralizante y educativo del libro pero también, podría decirse, su sentido propagandístico al punto de apelar directamente al lector y exhortarlo a defender y luchar en el presente. Esta llamada a la unión de los pueblos para defender la

---

<sup>21</sup> Al respecto se ha afirmado: “Sería éste uno de los caracteres del *romance* en la terminología anglosajona y que podemos trasladar a la novela histórica: según Frye y más tarde Jameson, en estos textos la sociedad se representa en términos antinómicos cuyos ejes están determinados por los valores éticos de un determinado grupo o sociedad, valores éticos que no son sino la forma aparentemente universal y ahistórica que asume la ideología dominante, que en el momento en que configura a sus héroes necesita también fijar al enemigo como radicalmente diferente (‘otro’)”, Rosa María Grillo, “Tres novelas para la misma historia: el encuentro entre Cortés y Xicoténcatl”, *América sin nombre. Boletín de la Unidad de Investigación “Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en la literatura hispanoamericana”* (Universidad de Alicante), núm. 5-6 (diciembre del 2004), p. 105.

<sup>22</sup> “Jicoténcal sería un caso de novela-ensayo, de relato y ficción combinado con literatura política, modalidad que tan frecuente ha sido en nuestros países hasta el punto que ya parece género autóctono y naturalmente propio de Hispanoamérica”, Rojas Garcidueñas, “Jicoténcal, una novela histórica hispanoamericana precedente al romanticismo español” [n. 19], pp. 75-76.

libertad y construir una patria libre es una postura ética muy particular de *Jicoténcal*; no es común encontrar tal apasionamiento y defensa de la unión en otras novelas históricas; sin duda esta característica se relaciona con la temprana fecha de su escritura y no podría entenderse desvinculada de una lucha revolucionaria viva y presente.

Cuando las divisiones intestinas rompen la unión de un pueblo, éste es, sin recurso, la víctima de sus enemigos, y más infaliblemente si la astucia y las artes de la política se saben aprovechar de las ventajas que les ofrece la discordia. ¡Pueblos! Si amáis vuestra libertad, reunid vuestros intereses y vuestras fuerzas y aprended de una vez que si no hay poder que no se estrelle cuando choca contra la inmensa fuerza de vuestra unión, tampoco hay enemigo tan débil que no os venza y esclavice cuando os falta aquella. Tlascalca es un ejemplo palpable de esa verdad (p. 83).

A diferencia de lo que sucede con buen número de novelas históricas del XIX, en las que el narrador parece usurpar las labores del historiador, en *Jicoténcal* aquél critica la alianza de este último con algo que podríamos llamar la historia oficial. Al comienzo del último libro, el sexto, el narrador exhibe abiertamente su lugar ideológico de enunciación:

Tal fue la infame política que condujo a Hernán Cortés para llevar a su fin la gran tragedia que va a llenar de horror las páginas de este libro. En vano los historiadores intentan encubrir la negra infamia con que se cargó para siempre aquel insolente y astuto cuanto afortunado capitán: en vano el vértigo monárquico que ha embrutecido por tantos tiempos a Europa nos ha privado de los documentos históricos más preciosos sobre la república de Tlascalca. El ojo perspicaz del filósofo sabe distinguir, entre el fango y basura que ensucian el papel de las historias, algunas chispas de verdad que no han podido apagar ni el fanatismo ni la servil adulación. Estas chispas lo conducen, y, cuando llega su día, desentierra los hechos y los presenta al mundo, y si no le es posible exhumarlos de sus antiguos sepulcros en toda su integridad, a lo menos no los tuerce ni los afea con preocupaciones y con bajezas” (pp. 139-140).

La labor del novelista se aproxima por tanto a la del filósofo cuyo ojo hábil distingue entre los discursos de la historia oficial aquellos rasgos de verdad, aquellas chispas que pueden prender de nuevo en el presente. Si Michelet nos ofreció (años después, tampoco podemos hablar de influencia) una visión de la historia como resurrección, el anónimo autor de *Jicoténcal* se nos presenta como un desenterrador que

exhuma los restos del pasado y que si no puede vivificarlos completamente, al menos no los deforma ni los envilece.

Para concluir podemos suponer que el autor de *Jicoténcal* debió ser un luchador activo, defensor del incipiente liberalismo pero con una formación en el pensamiento ilustrado. Ferviente republicano lector de Rousseau y de su *Contrato social*, coloca en el pasado la lucha presente entre monarquía y república, absolutismo o gobierno libre y republicano; con ello, la historia que leemos se convierte en un ejemplo para el momento presente. El pasado sirve como lección que permite entrever qué pasiones o impulsos (siempre atemporales) llevan a la perdición, a la tiranía, y cuáles son los valores que es necesario cultivar en el presente si los objetivos son la justicia y la libertad. La propuesta parte de un universalismo de raíz ilustrada. No se trata tanto de inventar una genealogía para la nación, unos orígenes que a base de tropezones habrían llevado al presente, sino de instruir, de moralizar. El único punto que nos permite trazar un puente entre los dos tiempos es la reivindicación del origen republicano de Tlaxcala, porque figura a las nuevas repúblicas independientes como herederas de aquellas naciones indígenas que siglos después vienen a recuperar su libertad. Como defensor de la causa republicana por la cual da la vida, Jicoténcal se convierte en un padre de la patria cuya lucha (refiriéndonos otra vez a Michelet) es bueno volver a desenterrar para que sirva de ejemplo en el presente y para construir tradición.

RESUMEN

El artículo analiza *Jicoténcal*, obra publicada en Filadelfia en 1826 y considerada la primera novela histórica hispanoamericana con fuerte influencia ilustrada, tanto en la visión del pasado que propone como en su poética narrativa, organizada alrededor de una visión filosófica de la historia. Asimismo, se observa que la defensa de valores como la libertad y la justicia que propone está en relación íntima con el presente histórico de construcción de los Estados nacionales. Por último, al colocar en el pasado la lucha presente entre monarquía y república, absolutismo o gobierno libre y republicano, la historia que leemos se convierte en un ejemplo para el momento presente.

*Palabras clave:* novela histórica siglo XIX, literatura mexicana siglo XIX, nación y nacionalismo en la literatura.

ABSTRACT

In this paper, the author analyzes *Jicoténcal* published in Philadelphia in 1826, considered the first Hispanic-American historical novel with a strong Enlightenment influence both in its view of the past and in the poetics of its narrative, organized around a philosophical view of history. In addition, the author points out the defense of values such as liberty and justice, proposing such defense is intimately related to the historical present of the construction of the national states. Finally, by placing in the past today's struggle between the Monarchy and the Republic, between absolutism and free and republican government, the history we are reading becomes an example to follow in the present moment.

Key words: 19<sup>th</sup> century historical novel, 19<sup>th</sup> century Mexican literature, nation and nationalism in literature.